

Espacios y viajes

El mundo exterior de los europeos en la edad media

por
MIGUEL ÁNGEL LADERO QUESADA

MADRID

2020

Índice

NOTA PRELIMINAR	11
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO PRIMERO. EL UNIVERSO Y LA TIERRA	19
1. <i>Las esferas celestiales</i>	20
2. <i>¿Cómo es la Tierra?</i>	27
2.1. La Alta Edad Media. ss. VI-XI	28
2.2. Las novedades del siglo XII y primera mitad del XIII	34
2.3. La apertura al mundo en la baja Edad Media	38
2.4. El siglo xv	41
CAPÍTULO SEGUNDO. MARAVILLAS DEL MUNDO	45
1. <i>Mirabilia</i>	45
2. <i>Los antípodas</i>	47
3. <i>Espacios bíblicos. El Paraíso Terrenal</i>	48
3.1. Espacios bíblicos	48
3.2. Paraíso Terrenal	49
4. <i>Una mirada a dos falsos paraísos</i>	52
4.1. Pays de Cocagne / País de Jauja	52
4.2. El paraíso de la reina Sibila	54
5. <i>Las “maravillas de Oriente”</i>	56
5.1. Los autores y la tradición	56
5.2. Islas y otros lugares	57
5.3. Monstruos y prodigios	60
1. Gog y Magog	71
2. Las Amazonas	72
3. Los hombres salvajes	74
4. Las sirenas	75

6. <i>Alejandro Magno</i>	77
7. <i>El Preste Juan</i>	81
7.1. Orígenes de la leyenda	81
7.2. La Carta	83
7.3. Las transformaciones de la leyenda	87
7.4. Preste Juan y Etiopía	90
8. <i>Las leyendas del Atlántico</i>	92
8.1. Thule y los enigmas noratlánticos. Los hiperbóreos	92
8.2. El Océano irlandés: San Brandán	94
8.3. Las islas maravillosas del Atlántico	96
Conclusión: proyección en los descubrimientos geográficos	99
CAPÍTULO TERCERO. MAPAS	101
1. <i>Mapamundis de los siglos VI al XIII</i>	102
1.1. Características generales	102
1.2. Mapamundis de los ‘Beatos’ y sus contemporáneos	104
1.3. Los siglos XII y XIII	107
2. <i>La nueva cartografía náutica</i>	110
3. <i>Recepción de la Geografía de Ptolomeo. Mapamundis del siglo XV</i>	117
3.1. La recepción de la ‘Geografía’ de Ptolomeo	117
3.2. Mapamundis del siglo XV	119
CAPÍTULO CUARTO. VIAJEROS	151
Introducción	151
1. Bizancio. Islam. Occidente	152
2. La geografía de bizantinos y musulmanes	153
1. <i>Primeros siglos medievales</i>	155
1.1. Los viajes de escandinavos	156
1.2. Las fronteras de Europa	157
1.3. Visión occidental de bizantinos y musulmanes	158
1.4. El enfrentamiento con el Islam	159
2. <i>Los caminos de Asia y del Índico</i>	160
2.1. Primeras embajadas	164
2.2. La alianza con los tártaros	166

2.3. Las misiones de Oriente	168
2.4. Los mercaderes. Marco Polo	178
2.5. Viajar con ojos europeos	184
3. <i>La gran síntesis en un viaje falso: Juan de Mandeville. Otros viajes imaginarios</i>	187
3.1. Juan de Mandeville: el Libro de las maravillas del mundo	187
3.2. <i>Imago Mundi</i> : lo real y lo maravilloso en el viaje de Mandeville	190
3.3. Nuevas ideas geográficas entre la ficción y la realidad: de Mandeville a Colón	193
3.4. El ‘Libro del conocimiento...’ y su influencia en los reyes de armas	196
4. <i>El cierre de Oriente en el siglo xv. Las peregrinaciones a Tierra Santa</i>	200
4.1. Embajadas. Ruy González de Clavijo	201
4.2. Niccoló dei’Conti o el negocio aventurero de un mercader ...	203
4.3. La peregrinación a Tierra Santa	203
5. <i>Hacia el Atlántico</i>	207
5.1. Los escenarios africanos	208
5.2. Al oeste de Gibraltar	213
5.3. Canarias. Madeira. Azores	215
5.4. Las navegaciones portuguesas	216
Conclusión	221
CAPÍTULO QUINTO. IMÁGENES DEL MÁS ALLÁ	225
1. <i>El sentido de la vida: la fe religiosa y su efecto sobre la imagen del espacio</i>	226
2. <i>El Más Allá: Viajes y visiones</i>	229
3. <i>Infierno</i>	234
4. <i>Purgatorio</i>	239
5. <i>Cielo</i>	242
SÍNTESIS FINAL	251
NOTAS AL TEXTO DEL LIBRO	257
APÉNDICES	311

1. <i>Textos</i>	313
2. <i>Bibliografía general</i>	347
3. <i>Cronología</i>	353
4. <i>Índice onomástico</i>	361

Nota preliminar

Es tarea difícil saber cómo se imaginaba el mundo en el medievo europeo y qué noticia se tenía de él, quiénes lo conocían, cuales eran las maneras de representarlo intelectual y visualmente, y cómo evolucionó la situación a lo largo de un milenio de profundas transformaciones tanto en el Occidente europeo como en otros espacios culturales situados en torno al mar Mediterráneo. Pero que algo sea difícil significa que es posible y así lo muestra una labor de investigación gigantesca, porque el asunto lo es en sí mismo, desarrollada desde mediados del siglo XIX, que ha alcanzado resultados innovadores y mucho más amplios a lo largo de los últimos sesenta años.

La complejidad y compartimentación de las investigaciones hace más difícil elaborar síntesis. La que se ofrece aquí se basa en enseñanzas universitarias de *tercer ciclo* —eran los *cursos de doctorado*— útiles para diseñar la forma de organizar y exponer contenidos de los que sólo publiqué alguna pequeña parte, hace ya años, como conferencias, artículos y libros muy breves. Ahora presento otro más amplio, una vez puesta al día y estudiada la base de investigaciones que sustenta cualquier síntesis si pretende ir más allá de la mera divulgación reiterativa.

He optado por una presentación desde cinco puntos de observación específicos, pero convergentes, para facilitar la asimilación intelectual sin abrumar a los lectores con un exceso de datos heterogéneos y sincronismos continuos. El camino es el mismo pero se recorre cinco veces contemplando el paisaje desde perspectivas distintas aunque relacionadas entre sí porque el argumento es común. La síntesis se abre paso paulatinamente y se alcanza por completo al final pero, entre tanto, cada capítulo ofrece un itinerario interesante y valioso por sí mismo.

El primero trata sobre los conocimientos cosmográficos heredados de la Antigüedad, su adaptación a las mentalidades medievales y su compleja evolución dentro de la continuidad de aquel sistema de comprensión del Universo y la Tierra. El segundo se refiere a la persistente y variada carga imaginaria integrada en la representación de los espacios exteriores, tanto asiáticos y africanos como atlánticos: esas *maravillas* y leyendas cuyo eco resuena en los tiempos modernos y que, para muchos, siguen siendo uno de los núcleos del *oscurantismo* medieval. El capítulo

tercero aborda el tema de la cartografía tanto en sus formas como en las mentalidades que la inspiran y analiza su principal expresión, los mapamundis y sus modificaciones desde el siglo VII hasta el XV, así como la aparición y difusión rápida de los mapas marítimos o *portulanos* desde finales del XIII y su importancia decisiva para obtener una nueva imagen del mundo. Desde otro planteamiento, la *Geografía* de Ptolomeo, conocida sólo a comienzos del XV, fue un punto de apoyo fundamental para la revolución cartográfica.

La lectura de los capítulos cuarto y quinto permite observar cómo los viajes a mundos exteriores modifican o corroboran la imagen del propio y ya conocido, según cuál sea la capacidad de observar y describir lo *otro* que tenga el viajero, y la de recibir y asimilar novedades por parte de su cultura y sociedad de origen. Los europeos, después de siglos de aislamiento o desinterés, se abren al conocimiento de espacios externos a través del Mediterráneo desde la segunda mitad del siglo XI, y al de Asia y el Índico dos siglos después. El giro hacia el Atlántico, durante la tardía Edad Media, completa una revolución profunda cuyos efectos principales sobre la manera de ver y entender el mundo tardaron en madurar. Por otra parte, para una cultura que se fundamenta en la fe religiosa sobre la perdurabilidad de la vida humana más allá de este mundo y de su tiempo, la elaboración de una geografía de ese más allá puede llegar a ser una necesidad intelectual acuciante, y así sucedió en la Edad Media: las imágenes del Más Allá prolongan las del presente y se entrelazan con ellas, de modo que son la culminación de ese mundo exterior, que sólo así adquiere sentido y, por lo tanto, homogeneidad.

Las notas de información bibliográfica están al final del texto principal. La cita completa de cada publicación se halla en la primera nota donde aparece; si se repite en otras, la cita está abreviada, con la indicación o.c.n. (obra citada en nota ...) para facilitar su localización. Además, al final del libro, después de una pequeña colección de textos para comentar, hay una breve selección de publicaciones principales así como índices cronológico y onomástico útiles para labores de identificación y referencia. He procurado también incorporar una ilustración gráfica suficiente, dentro de la limitación de recursos disponibles.

Guadarrama, septiembre del año 2020.

Introducción

Vivimos en una época de comunicaciones visuales, acústicas e incluso escritas instantáneas casi siempre, y de transportes rápidos o, al menos, capaces de enlazar entre sí cualesquier partes del mundo, que se ha convertido, según una conocida expresión, en la *aldea global*, una *aldea* donde lo más difícil es en muchas ocasiones el mantenimiento de las propias tradiciones e identidades regionales, si es que resulta conveniente o posible su supervivencia. En el plano tecnológico e informativo, más que en otros, la unidad de la especie humana parece desembocar en la homogeneidad e interrelación crecientes, y se hace efectiva, de manera no siempre satisfactoria, la antigua reflexión de Terencio: *soy hombre, nada de lo que es humano me resulta ajeno*.

En estas circunstancias, nos resulta muy difícil adaptar nuestra manera de ver la realidad a la que era más frecuente entre los hombres de otras épocas, hasta no hace mucho: la lejanía de unas sociedades humanas con respecto a otras, su desconocimiento mutuo, la evolución separada y específica en muchos aspectos, las ideas excesivas de centralidad o superioridad que esto provocaba, e incluso la consideración infrahumana de los otros (infieles, paganos, bárbaros, salvajes) con respecto a lo que era propio. Y, en fin, las imágenes erróneas o fantásticas de la realidad física del planeta que, en aquella situación, era fácil crear y sostener siglo tras siglo. Ahora bien, quien quiera estudiar Historia y comprender el pasado tiene que poner su mayor esfuerzo en introducirse en la mente de los hombres de la época que estudia, en ver su época como ellos la veían, y más en asuntos como éste. Si no, no pasaremos de hacer un relato anecdótico, aburrido a veces y, sobre todo, poco interesante para conseguir que la Historia sea valiosa para nosotros mismos y para nuestra manera de entender la realidad.

Porque la organización del espacio en el que se asienta una sociedad responde a las características de su sistema económico, a las relaciones sociales y de poder que se desarrollan en ella y a sus valores culturales. En este último campo, a la organización del espacio real en sus aspectos parciales o más tangibles, se añade la percepción del espacio en general, como ámbito de la vida y de la imaginación humana. Es éste último aspecto el que interesa destacar aquí: “Numerosos estudios

muestran la importancia de la noción de espacio para el conocimiento científico”¹. En el campo de la investigación histórica, “rejuvenece la tradición de la historia geográfica, renueva la geografía y el urbanismo y manifiesta su eficacia sobre todo en el plano simbólico”. La percepción del espacio depende mucho de las características de cada cultura, porque, al interiorizarlo, cada hombre lo transforma en una categoría mental, la de *territorio*. “Después de los zoólogos, los antropólogos han mostrado el carácter fundamental del fenómeno *territorio*... El territorio es una prolongación del organismo animal y humano,... una interiorización del espacio, organizada por el pensamiento. Ahí se encuentra una dimensión fundamental de los individuos y de las sociedades. La organización de los diferentes espacios: geográfico, económico, político, ideológico, etc., donde se mueven las sociedades, es un aspecto muy importante de su historia”.

En este libro trataremos sobre algunos aspectos de la concepción del espacio que tuvieron los europeos de los siglos medievales. No tanto de los espacios locales o, al menos, conocidos y habitados por ellos, como de los exteriores, reales e imaginados a la vez, a los que dedicaremos nuestra atención. Espacios, en definitiva, donde el hombre proyectaba la aventura de su vida más allá de lo cotidiano, en la práctica o la imaginación del viaje, o soñaba el destino que esperaba más allá.

Hubo en los siglos medievales “tres niveles de representación del espacio” terrestre: el mundo u *orbis terrarum*, las tierras habitadas y, dentro de ellas, los espacios regionales y locales². Estos últimos generalmente se conocían bien si estaban poblados: eran “cuadros espaciales” o territorios precisos, descritos, medidos, donde cada elemento local formaba parte de una red y en los que había “organización social del espacio” en torno a centros o puntos principales³, aunque también se pudieran mantener reservas o temores hacia ciertos espacios marginales: montaña, bosque, desierto⁴. Más allá, las tierras habitadas formaban un conjunto pero la imprecisión crecía con la distancia, el desconocimiento y la introducción de elementos irreales, por lo que a menudo se imaginaban como “espacios compartimentados” y no se establecía una relación de continuidad clara entre unos y otros. El nivel más amplio, el *Orbis terrarum* también dispuso de “una cartografía y una representación operativa del espacio”, aunque con criterios propios de aquellos tiempos, y pudo ser ya objeto de una representación espacial homogénea cuando se perfeccionaron las técnicas cartográficas en los siglos XIV y XV aunque la noción de coordenadas geográficas formara parte de los saberes astronómicos desde finales del XI.

La idea o concepción abstracta del espacio no era en la Edad Media la misma que prevalece hoy desde que, en los siglos XVII y XVIII, la Física, a partir de Galileo y Newton, definió un espacio “infinito, continuo, homogéneo e isótropo”, un espacio “per se”, con independencia de los cuerpos que pueda haber en él. Pero el

“espacio medieval” lo era en función de su contenido y no se concebía en términos absolutos: de ahí que pareciera “finito, discontinuo y polarizado” porque, si no albergaba contenidos, era imposible imaginarlo. Es otra “lógica espacial”, con algunos efectos sobre la consideración y representación general de los espacios en que los hombres podían efectivamente moverse, y así lo veremos en el primer capítulo de este libro, pero compatible con una “práctica de percepción y ajuste entre individuo y espacio”, no tan distinta de la actual, con puntos principales, zonas marginales, cálculo de distancias concretas y de tiempo necesario para recorrerlas.

Sin embargo –y aquí radican las mayores diferencias entre las visiones medievales y las contemporáneas– esa percepción se ajustaba a los criterios propios de las sociedades agrarias básicas de la civilización medieval europea, muy compartimentada en su geografía humana, económica y política, con elementos de centralidad fundamentalmente eclesiásticos y una concepción intelectual, elaborada por los pensadores cristianos de aquellos siglos, sobre el por qué del mundo en el que los hombres vivían y de su organización⁵. Pero no todo fue inmovilidad en el milenio medieval porque, sin romper su modelo de representación espacial, hubo épocas diferentes: a la alta Edad Media, hasta el siglo XI, suceden tiempos más abiertos a nuevos conocimientos y a una mayor riqueza de matices en la percepción de las relaciones entre los hombres y sus espacios⁶.

Aunque el origen de las grandes regiones de Europa ocurrió en la Alta Edad Media, como consecuencia de la caída del Imperio Romano y de las migraciones de pueblos, el espacio europeo sólo se consolidó y completó entre los siglos XI y XIV, a través de un conjunto de procesos de integración, colonización interna, expansión territorial y singularización de regiones que no es posible detallar aquí. Fue entonces cuando tomaron forma tanto los espacios reales en que los europeos vivían, como los imaginados en ámbitos exteriores, que nada o apenas se conocían, e incluso los imaginarios, que o bien no tenían existencia real o bien correspondían al Más Allá, reales estos últimos según la fe pero inaccesibles a la experiencia en esta vida.

Los paisajes agrarios y los diversos tipos y formas de poblamiento rural alcanzaron entonces la madurez, y una permanencia que han tenido hasta las vísperas de nuestro tiempo, pese a los cambios revolucionarios del sistema social. El renacimiento de muchas ciudades, y la fundación de otras, dio lugar a espacios urbanos, cuya forma y el uso que se hacía de ellos también han permanecido en muchos aspectos durante siglos. Junto a la morada de los vivos se reguló también la de los difuntos, al vincular los enterramientos a los templos y su entorno inmediato, y reser-

varles un espacio social conocido y próximo. Y, al mismo tiempo, se construyeron o llegaron a su madurez las patrias o espacios políticos —en el sentido más amplio de la palabra— a los que cada hombre se sentía vinculado o pertenecía: municipios y señoríos, reinos, imperio, cristiandad romana.

Los europeos de entonces, aunque en su inmensa mayoría fueron sedentarios, no vivieron sólo sus espacios inmediatos o mejor conocidos: a muchos de ellos, las grandes colonizaciones agrarias los pusieron en contacto con otros o los impulsaron a construirlos. La “revolución comercial” relacionó cada vez mejor los ámbitos europeos entre sí y, además, abrió rutas hacia espacios exteriores, a través del Mediterráneo, en el N. de África, en el Asia anterior, en el Océano Atlántico. Antes, incluso, el impulso religioso de las peregrinaciones había renovado o abierto caminos, añadido nuevos espacios reales y sugerido algunos más imaginarios. Peregrinos, mercaderes y, desde el siglo XIII, misioneros, abrieron mundos exteriores al conocimiento o, al menos, a la curiosidad de los europeos. Claro está, las incitaciones también vinieron del exterior, y a veces antes: desde los siglos IX y X, los europeos comenzaron a beneficiarse de la experiencia y los conocimientos de bizantinos y musulmanes en orden al conocimiento y la descripción del mundo, y, desde mediados del XIII, la consolidación del Imperio Mongol proporcionó una ocasión nueva para recorrer muchas tierras antes ignotas.

Paralelamente a este proceso, aumentó la necesidad intelectual de precisar dimensiones, de *territorializar* los conocimientos geográficos, es decir, de interiorizar y concretar las formas y características de cada espacio, por medio de la experiencia cuando era posible o utilizando los conocimientos acumulados a los que se otorgaba credibilidad y autoridad o, si no los había en grado suficiente, valiéndose del testimonio y de la imaginación, de la mano de relatos de viajes o, en lo que toca al Más Allá, de reflexiones e hipótesis teológicas. “Hacia 1330, Occidente parece cada vez más incapaz de concebir un espacio invisible. Necesita que sus sentidos den testimonio de cualquier espacio; en caso contrario, lo convierte en imagen alegórica”⁷. Este empeño, que ha sido definido como “una revolución mental de grandes consecuencias”⁸, alcanzó también, y con plena conciencia, a las representaciones de espacios imaginarios. He aquí algunos ejemplos que servirán para ilustrar esta afirmación:

1. La “geografía de las epopeyas medievales”⁹ se hace más precisa y compleja desde el siglo XIII cuando triunfa el nuevo género del *roman* de caballerías: “creación de una época en la que se deshacían los lazos del antiguo feudalismo, mientras que se reagrupaban las monarquías; de una época en la que, en todo Occidente, las roturaciones obligaban al hombre a salir de los lugares que había conocido y poseí-

do hasta entonces. Por ello, el *roman* no presenta tanto un choque como un tránsito; se vuelve hacia lo desconocido más que tropieza con lo diferente. Sus relatos no nos llevan únicamente de un lugar a otro, nos incitan a experimentar la continuidad que los unifica... La técnica del ‘entrelazado’ de episodios permite dotar a este espacio de compacidad y flexibilidad... el *Amadís* español pasea a su héroe por toda Europa, de Escocia a Constantinopla, pero esta geografía sólo dibuja un espacio abstracto, sembrado de islas, de castillos, de reinos ficticios, con nombres más o menos emblemáticos. En todas las novelas que alimentaron a la sociedad cortesana durante cuatro o cinco siglos se engendra, a partir del texto, un espacio maravilloso, señalado por su aislamiento en el corazón del bosque o al otro lado de unas aguas amenazadoras... El relato de aventuras proyecta así como narración lo que es descubrimiento y, por así decirlo, colonización de un espacio de límites inexplorados’. Relato a menudo de una ‘búsqueda’ a través de esos espacios.

2. Algo semejante ocurre en el ámbito propio de la pintura: antes, en pintura y miniatura “predomina la concepción plana... una débil capacidad para observar la naturaleza... lejos de buscar expresar lo real, el artista monta una construcción intelectual para exponer verdades religiosas, cualidades, jerarquías o esencias, en el cuadro de un sistema cerrado”¹⁰. Pero, aproximadamente “desde 1250, al mismo tiempo, y por las mismas razones, que el fondo, tras la imagen principal, se puebla y se anima, se va abriendo un espacio bajo la superficie pintada: en su interior, como en el escenario de un teatro, se desarrolla un espectáculo cuyo movimiento resulta de la coexistencia de varias líneas de fuga...”. El pleno avance hacia la representación del espacio se da ya en el siglo xv, en los Hermanos de Limburgo (*Très Riches Heures* del duque de Berry), en los primitivos flamencos, en el *Quattrocento* italiano a partir de Brunelleschi, incluso en la teoría (Alberti, *Della pittura*. 1434). Es ya pleno el dominio de la ‘perspectiva artificial’ o lineal, que “*finge* el espacio que Occidente, en los siglos xv y xvi, necesita”¹¹.

Así, se produjo paulatinamente un cambio, desde mediados del siglo xiii, que, al cabo, contribuyó a la madurez la primera cultura geográfica europea propiamente dicha, y se alcanzó una capacidad para describir e imaginar espacios de la que antes se carecía. No sólo los próximos y conocidos, sino también los lejanos, los del Más Allá, e incluso los inexistentes. Hoy nos parecen arbitrarias, e incluso divertidas a veces, muchas de las afirmaciones de aquellos autores pero conviene darse cuenta de que, además de la influencia que tuvieron durante mucho tiempo, corresponden ya a un estado de espíritu, el mismo que llevó a los europeos a explorar la Tierra entera durante los siglos siguientes, y en el que influyeron otras novedades que también inducían a valorar más los “aspectos visuales y cuantificables” de la

realidad. Se ha definido este cambio como “revolución sensorial”, integrando en él aspectos tan aparentemente heterogéneos como el nacimiento del reloj mecánico, el uso de gafas, el urbanismo, la ya mencionada perspectiva pictórica, el tetragrama musical ...¹² son aspectos innovadores de una época, la Baja Edad Media, que se va precisando desde entonces.